

Madre, y ya ve ésta sus manos y piés que han de ser horadados con el duro hierro; mira los blondos rizos que adornan la divina frente del Niño, y los contempla teñidos de sangre aquéllos, y oscurecida por las agonías está; contemplaba aquellos ojos divinos, aquella boca dulcísima, aquel pecho depositario de la Divinidad, y ya los examinaba en la escena del Calvario, cuál lívido, cuál cárdeno, cuál hundido y cuál herido; pero entre tanto María goza de los castísimos ósculos de su Niño, lo ve crecer en gracia y hermosura, y el amor que une estos dos corazones va tomando nuevos incrementos, aunque parecia ser infinito. Preveía María todo cuanto tenía que padecer, mas eran sus temores como esas nubes que tienen al viajero en pavorosa expectativa, por estar cargadas de rayos y granizo, amenazando sin acabar de estallar.

Mas ¡ay! llegó el momento en que toda la ira del cielo cargaba sobre Jesus; los hombres se apoderan violentamente del Justo; se reúnen los príncipes contra el Ungido, y caen sobre Él todos los anatemas de la ley. Cuando el amor y ternura de María para con Jesus ha llegado á su apogeo, ora porque es su Hijo, ora porque es su Dios, ora por haber conversado con Él treinta y tres años, el huracan de la persecucion viene á destruir en un momento su dicha y sus esperanzas. En tan triste situacion, ¿qué inspiraciones sugerirá á María su tierno corazon? ¿Qué partido tomará? Claro está, amados míos, que será el de mostrar á su Hijo lo mucho que lo ama, tomando parte en sus tormentos, y haciendo que caigan los dolores sobre su propio corazon, para que se alivie en lo posible el de su Hijo.

Contemplad, amados míos, á la tierna Madre; al ser heridos sus oídos con el bronco clamoreo del pueblo amotinado, siente en el santuario de su corazon resonar la voz de la ternura, voz que la anuncia una catástrofe inmi-

nente, una desgracia sin límites; ¡ah! era esta voz el triste eco de los lúgubres ayes que su Hijo exhalára al caer ya dos veces con la cruz. María, cual paloma herida, sale presurosa á encontrar al Hijo amado. Hasta entónces sólo los escribas, los pontífices, la soldadesca y el populacho habian sido testigos de los escarnios que Jesus sufriera, pues aprehendido con el favor de las tinieblas, fuera conducido rápidamente del huerto al conciliábulo, del conciliábulo á la prision, de la cárcel al pretorio, y de aquí al suplicio, siendo ántes escarnecido sin pudor, azotado sin piedad y coronado con ignominia. Mas ni María habia sentido aún desgarrársele el corazon por no haber visto aún desgarradas las carnes del Hijo, ni Jesus habia tenido á su lado más que verdugos, sayones y soldadesca. Pero ¡gran Dios! ¡qué paso tan tierno y tan cruel á la vez, para dos corazones como los de Jesus y María! Va Aquél á desembocar por la calle que conduce al lugar del suplicio, cargando sobre sus hombros el madero ignominioso. En pos de Él camina toda una ciudad, dirigiendo sus pasos al próximo collado, cuyas tristes hondonadas son el recipiente de las osamentas de los supliciados. Acaba de caer el manso Cordero, llevando su rostro y manos hasta el suelo; caen al propio tiempo sobre su agobiada espalda la pesada cruz, las picas y alabardas de los soldados, las manos y piés de los sayones, oyéndose al paso mil imprecaciones y blasfemias del populacho; todos se enfurecen contra el que ha caido; todos lo abruman, hasta que al fin, ayudados de sogas, y á fuerza de violencias, ponen en pié al humilde Jesus; quiere Este reconocer el paraje donde se halla, alza su vista, y se encuentran sus miradas... ¡Dios santo! ¡Si podré decirlo! Se encuentran con las de María, que ha sido testigo de sus afrentas y vejaciones. ¡Ah! Yo no sé que la humilde choza dé tan espantosos vuelcos entre las horrendas oscilaciones del terremoto, como entónces los dieran estos dos

corazones; yo no sé si la barca agitada por furiosas olas en medio de una noche tenebrosa, y sin faro, brújula ni estrella, se hallará tan despavorida y fluctuante como estos dos amantes al encontrarse uno y otro en el embravecido mar de la tribulacion. Madre é Hijo se dirigen simultánea y mutuamente sus miradas, y recíprocamente se comunican una pavorosa consternacion.—¿A dónde vas, Madre mia? ha dicho Jesus con su mirada.—¿Cómo estás, Hijo mio? ha dicho María. Y sin poder articular una sola palabra, porque el extremo dolor anuda sus lenguas, entran uno y otro en un deliquio de amor lleno de tribulaciones y amarguras.

Libreme el cielo de tener la temeraria osadía de alzar el velo del corazon de mi Dios, porque no puede el hombre mortal conocer cuanto ocurre en el santuario de la Divinidad, aunque ésta esté cubierta con todas las ignominias. Sólo diré que, á pesar de tanta tribulacion, Jesus se apresta para continuar su viaje al Gólgota, poniendo aún sobre sus delicados hombros por tercera vez el cruel instrumento de su suplicio. Pero permítaseme insinuar-me un poco en el corazon de María, y leer lo que está pasando por él. ¡Ah amados míos! ¿Sabeis por qué se apresura María á salir al encuentro á su Hijo? Porque en medio de tanto estruendo como hay en Jerusalem, han herido sus oídos maternos unos ecos que parecen salidos del infierno. ¿No habeis observado alguna vez el horizonte cubierto por todas partes de negros nubarrones en cuyo seno se encierran grandes depósitos de fuego celestial? ¿No habeis visto cómo se foguean las nubes unas con otras, cómo la electricidad camina de Oriente á Occidente, de Aquilon á Mediodía, reinando siempre un ruido sordo? ¿No habeis visto que de cuando en cuando este ruido no discontinuado desaparece, porque estallan repentinamente rayos y centellas que con hórrido fragor hacen resonar los montes y los valles? Pues así está Jerusalem

cuando Jesus camina al monte del suplicio; María percibe por todas partes un murmullo sordo, que causa la muchedumbre amotinada; mas este mismo murmullo desaparece con otro que se eleva hasta las nubes; dos veces ha sido herido ya el corazon de María con este eco infernal. «Cayó, cayó,» dice el primer eco: «otra vez, otra vez cayó,» dice el segundo; y este mismo eco es repetido por las colinas de Sion, llenando los aires con horrisono estruendo, que llena de espanto el corazon de María. Apenas lo oye esta Madre compasiva, se apresura, vuela, y se llega á donde está su Hijo. ¿Para qué? Para cargar ella misma la cruz, si es necesario. Ya que no le es dado librar al Hijo de manos de los sayones, quiere á lo ménos aliviar su triste situacion.

Viérais entónces, amados míos, delineado en el rostro de María el más heróico valor que han visto los siglos. Viéraisla acercarse al Hijo amado, y decírle con las miradas lo que deseaba hacer para su consuelo. «Hijo mio, le diria: ya habeis caido dos veces con la Cruz; tus hombros se hallan desollados, tus rodillas trémulas, tus brazos sin fuerza, pues has derramado tanta sangre; pero aquí estoy yo; poned sobre mí ese madero, que lo llevaré hasta la cima del Calvario; dadme esa sogá que teneis en vuestro cuello; quitaos esa corona de espinas, pues no sufre mi amor que tanta ignominia padezca el Hijo y no quepa ninguna á su Madre.»

Hé aquí, amados míos, un lenguaje inspirado por la ternura; María ha sido la Madre amorosa de Jesus en los treinta y tres años de vida que éste tiene, y creeria Ella faltar á su amor, si no tomase una parte activa en los tormentos de su Hijo. Por eso sale de su retiro; desea prodigarle sus cuidados; desea mezclar sus lágrimas con las de su Hijo; desea ser crucificada y morir con Él, si el verdugo quiere sacrificarla. ¡Ejemplo admirable de amor y de constancia! Con Él nos enseña María á exponernos

á toda clase de trabajos por amor de Dios, y á toda especie de sacrificios por amor de nuestros hermanos. Y ciertamente, señores; cuando el amor de Dios ha echado hondas raíces en nuestro corazón, ¡qué impulso tan generoso no recibe éste! ¡De qué acciones tan heroicas no es capaz! Aunque todas las criaturas se amotinen contra Él, las reputa á todas por enemigos débiles, y armado con el escudo divino, las dice á todas con David: «Dios es mi luz y mi salud; ¿á quién temeré? El Señor es mi protector; ¿de quién temblaré?»

Este amor sobrenatural de María, unido al natural que profesa á su Hijo, la han conducido al pié de la Cruz. ¡Qué la importa el odio que la tendrá el erguido escriba y los insultos que la prodigue el hipócrita fariseo! ¡Qué los sarcasmos del sayon grosero y los dicterios del soldado rudo! Una sola idea prevalece en el corazón de María, y es la de acompañar á su Hijo en sus últimos momentos, para darle algún alivio en su dolor. El golpe que pudiera descargar sobre ella la cuchilla del verdugo, no haría más que cortar de una vez ese tejido de tormentos en que se halla enredada su alma. Si María no es mártir en el cuerpo, diré con el devoto San Ildefonso, fué porque el verdugo no se atrevió á esgrimir contra su persona la espada cruel y sanguinaria. Pero, por otra parte, tuvo el martirio más cruel que puede sufrir una Madre; bien podrá tener en su corazón los deseos más eficaces esta Madre generosa, que el cielo no se los permite realizar. Muere Jesús, y muere sin que María pueda demostrarle prácticamente todos los oficios de su sensibilidad maternal.

Contemplad este espectáculo, amados míos; después de crucificado el Salvador, es elevado en la Cruz y colocado sobre la cima del Calvario; extiende entonces su vista por todas partes, y no ve sino enemigos encarnizados, pues los pocos discípulos y conocidos que tiene se

hallan lejos del escenario, mirando despavoridos el fin de esta tragedia. Alrededor de Jesús no se ven más que soldados, sayones, populacho y adversarios: unos le han dado á beber hiel y vinagre; otros arrojan de sus bocas infernales blasfemias é insultos; aquí oye los descompasados gritos de los ladrones crucificados á su lado; allí la algazara del verdugo y de la chusma: y entre tanto, dislocados los huesos y estiradas las arterias, horadados sus piés y manos y rotas las venas, empieza á brotar por todas partes su sangre y á regar abundantemente los suelos; todo su cuerpo se halla sin movimiento, por estar sujeto el madero con duras escarpas; la única parte capaz de moverse es la cabeza, y al reclinarla se dirigen sus miradas hácia la compasiva Madre. ¡Ah! Justamente se queja Jesús del abandono en que se encuentra: tres años empleados en enseñar el reino de Dios y en predicar beneficios al pueblo, no han servido más que para engendrar en los corazones de los grandes y del vulgo un odio encarnizado; en presencia del suplicio, que excitaria la compasión á las mismas fieras, este pueblo tan querido y regalado se muestra ostentoso y ufano por la próxima muerte del Hijo de María; iguales y mayores beneficios hechos á los discípulos tampoco han sido correspondidos, pues de doce que tiene, uno le ha salido traidor, otro no se ha atrevido á confesar su nombre en público, y los diez restantes han huido en cuanto han visto preso á su Maestro. Si Jesús alza su mirada al cielo, tampoco ve en él más que desamparo y dureza; de allí, de donde baja consuelo á todo atribulado, no cae ni una gota de rocío celestial para quien más que todos lo merece: los ángeles han perdido su fortaleza para defender á su Rey: el Padre no ve en Jesús un Hijo digno de su complacencia y ternura, sino un Hijo cargado con todas las apostasías y crímenes del mundo, y que debe sopor-
tar todo el peso de sus iras, porque representa entonces

la persona de todos los rebeldes. Todos han abandonado á Jesus; todos se han vuelto de bronce, y podía decir entónces, con el Salmista, que sus prójimos y amigos se habian levantado contra Él, queriéndole todos arrancar la vida.

Pero ¿podrá Jesus quejarse de que su Madre lo haya abandonado? ¡Ah, no! Ella ha subido con Él al monte de la mirra, y se ha puesto al lado de la Cruz para unir sus suspiros con las lágrimas del Hijo; Ella padece la misma sed, y está coronada con las mismas espinas, abrevada con los mismos improperios, clavada con los mismos clavos; Jesus y María son una misma víctima; como dos olas que se chocan, compenetrándose é identificándose las aguas de una y otra, los tormentos del Hijo vienen á caer sobre el corazon de la Madre, y la ternura de la Madre va á parar al corazon del Hijo, para que le sirva como de un rocío que mitigue los ardores de la tribulacion. Sí; Ella le presenta un corazon traspasado de dolor, y este consuelo es el mayor que puede tener Jesus; Ella alza sus miradas á la Víctima, y ésta comprende que cada una de ellas es la expresion de un deseo ardiente. ¿Qué dicen estas elocuentes miradas de María? Cada una de ellas repite lo que dijera David en la muerte de su hermoso hijo Absalon: *Fili mi! quis mihi det ut ego moriar pro te?* ¡Oh, hijo mio! ¿Quién me concediese la gracia de morir yo por tí? ¡Ah! ¡Si esas espinas taladrasen mis sienes! ¡Si esos azotes hubiesen caido sobre mis espaldas! ¡Si esos duros clavos hubiesen horadado mis manos y piés! ¡Ah, si esas afrentas hubiesen caido sobre mi frente! *Fili mi! Quis mihi det ut, etc.?*

Bien comprendió Jesus este lenguaje. Recordad, amados míos, que al encontrarse Jesus y María en las bodas de Caná, y suplicándole ésta que socorriese la necesidad de los esposos, Jesus le contestó: «¿Qué nos vá á Mí y á Tí? Aún no es llegada mi hora.» ¡Ah! Era esta hora extrema

de la que Jesus hablaba, dice el sublime Agustin. Entónces iba á manifestar la gloria y el poder de la naturaleza divina, y rechazaba á la Madre como si la desconociese; mas ahora, que está padeciendo todas las aflicciones y dolencias humanas, la mira con afecto compasivo para agradecerla lo mucho que ella ha hecho por él. Así es que en el testamento que hace este moribundo, la tercera cláusula es exclusivamente para su Madre, pues en ella se ocupa de Ella, no como de una sierva que como Dios habia criado, sino como de una madre que lo habia engendrado.» Juan recibe el mandato expreso de mirar á María como si fuese su propia madre, y María tambien tiene el consuelo de adoptarlo por hijo.